

# El bilingüismo en el siglo XXI: ¿mito o realidad?

ALMA SIMOUNET-GÉIGEL  
Universidad de Puerto Rico



La diversidad lingüística, es decir, la multiplicidad de lenguas distintas que existen y han existido en el mundo, es uno de los testimonios más ricos e importantes de la pluralidad cultural del género humano. Con el desarrollo de las nuevas tecnologías de comunicación, (el *mass media*), así como las políticas de dominio económico implementadas y ejecutadas por los países más poderosos, fenómenos como la Globalización han facilitado la pérdida y desaparición continua e irrefrenable de muchas lenguas. Bajo esta perspectiva, el presente artículo se propone echar una mirada al actual estado de la cuestión con el objeto de esclarecer los posibles caminos lingüísticos a los que se puede dirigir el fenómeno de cambio e intercambio continuo de lenguas entre culturas, tomando como eje el concepto de bilingüismo.

**Palabras claves:** bilingüismo, diversidad cultural, minorías étnicas y poder económico.

Al examinar las palabras que le dan sentido al título de esta presentación, muchos pensarán, según el contexto que les rodea, que es imposible concebir el bilingüismo como un mito, dado lo que hemos leído en los textos o el número de lenguas que forman parte de nuestro entorno, o que sencillamente estemos soñando con una realidad que se desvanece a un ritmo vertiginoso. La verdad es que el título al que hacemos referencia responde a una disyuntiva en la cual creemos encontrarnos en términos de las dos posibles rutas conflictivas que se nos presentan con relación al futuro del bilingüismo o plurilingüismo en nuestros tiempos.

El primero de los dos caminos, el del mito, apunta hacia la terminación relativamente pronta del bilingüismo, pensemos alrededor de cien años, lo que podría ser toda una vida o meramente un suspiro. Nos referimos al final del noventa por ciento de alrededor de las 6,000 lenguas que se estima posee el globo terráqueo en la actualidad (Nettle y Romaine, 2000.) Es decir, que perde-

ríamos 5,400 de ellas si hacemos el cálculo matemático. A nuestro entender, serían demasiadas para tan poco tiempo. Desgraciadamente, la extirpación es uno de los atributos que nos caracteriza como seres humanos, algo que podemos apreciar si examinamos la historia desde la perspectiva de los pueblos conquistados y colonizados del Caribe, del resto de las Américas, del África, Europa, Asia, y así sucesivamente. Más aún, con la desaparición de lo que constituye la riqueza y la diversidad de la raza humana van también sus lenguas.

Esto no significa que la violencia física por parte de los humanos sea la única causa de ese final. Sin olvidarnos de las posibles calamidades de la naturaleza, como la erupción de un volcán o el ataque mortal de un terremoto o maremoto, también es necesario examinar la muerte gradual de una lengua debido al cambio en uso, sea este cambio forzado o 'voluntario'. Claro está, lo que aparenta ser voluntario puede ser el resultado de acciones de parte de la sociedad circundante que va socavando la identidad propia de una comunidad de hablantes a través de la construcción de un discurso social que literalmente involucra cognitivamente a los individuos y les hace partícipes de la necesidad de abandonar su identidad cultural e integrarse o aculturarse a la nueva. Es importante señalar también que dentro de este marco, ni tan siquiera hemos hecho referencia a los efectos de las corrientes globalizadoras actuales, un punto que tomaremos en cuenta más adelante.

Si el primer camino ve el bilingüismo como un mito, dado el eventual final de la diversidad lingüística y cultural de nuestro mundo, el segundo se presenta como una ruta viable y realizable para el bilingüismo, si nos detenemos a auscultar lo que han optado por hacer algunos pueblos para impedir la pérdida de su lengua y así retener "el símbolo o distintivo indispensable de la identidad única de [su] comunidad" (Folie, 1986, en Nettle y Romaine, 2000, p. 88). En este segundo camino son muy pocos los transeúntes. No obstante, vale la pena examinarlos pues es mucho lo que podemos aprender de ellos sobre la variedad de estrategias que se pueden emplear para perseverar en un mundo donde el poder en todas sus manifestaciones está siempre presente. En pocas palabras, en nuestra intervención en este escrito examinamos las dos posibles rutas que se avecinan para el bilingüismo, si tomamos en cuenta el movimiento rápido hacia la muerte de muchas lenguas: la de la gradual desaparición del fenómeno de diversidad lingüística y cultural, o la de su retención en un mundo plagado por el deseo, ya sea intencional o no, de homogeneizar toda diferencia.

## EL MITO DEL BILINGÜISMO

El siglo 21 nos concedió sus primeros aleteos bajo el manto de un futuro incierto. Temores de una debacle tecnológica como consecuencia de la programación fallida de las computadoras caracterizó el advenimiento del año 2000, lo que llevó a la inversión de millones de dólares en medidas preventivas. Como todos sabemos, con la llegada de la medianoche ese primero de enero, la vida siguió igual. Unos dicen que no se produjo la tan esperada catástrofe debido a la voz de alerta y las acciones tempranas tomadas por las compañías productoras norteamericanas mientras que a otros nos convence más el argumento que postula que en realidad nunca existió tal problema y que todo fue un ardid más de los conglomerados tecnológicos multinacionales para extraer grandes cantidades de dinero de los usuarios y así invertir en un imaginado ‘software’ preventivo. Luego del paso de esa pesadilla, nos dimos cuenta de que asuntos de consecuencias más severas para el acervo cultural de la humanidad nos acechaban, de que el cuento del lobo no se refería al mundo computarizado y sí a una realidad cultural y lingüística que nos competía a todos. Aunque las instituciones pertinentes al estudio del lenguaje como la Asociación Lingüística de América habían alertado a sus constituyentes en la década de los noventa sobre la situación de la muerte de las lenguas, no fue hasta febrero del 2001 que la UNESCO, a través de los medios noticiosos internacionales (The Daily News), emitió un comunicado de alerta con relación al estado de la cuestión sobre las lenguas del mundo. En el mismo daba a conocer los resultados del estudio que le había encomendado a un grupo de letrados de la disciplina. No podemos ignorar que Krauss ya había señalado el problema en el 1992 y que las mismas Naciones Unidas habían expresado su preocupación sobre el asunto en el 1993: casi 2,500 lenguas estaban en vías de extinción y con ellas “el almacenamiento de las herencias intelectuales de los pueblos y el andamiaje cognitivo de su particular visión u entendimiento de vida” (Posey, 2001, p. 379, traducción libre de la autora).

La urgencia de la situación provocó escritos y publicaciones dirigidas tanto a los estudiosos del campo como al público lector en general. En los títulos de estos escritos el mensaje era inconfundible: *Voces que se desvanecen* (Nettle y Romaine, 2000), *La muerte de las lenguas* (Crystal, 2000), *La diversidad biocultural: la biología, el lenguaje y el conocimiento* (Maffi, 2001), *No a la muerte de las lenguas* (Hagege, 2002) y la más reciente, *El lenguaje en peligro* (Dalby, 2003), sin contar los ensayos, artículos, ponencias, charlas, congresos y foros que se han empeñado en crear conciencia de una tragedia en progreso, el decirle adiós a unas visiones y formas de vida, quizá a la posible solución

de problemas de carácter médico, lingüístico, biológico, cognitivo, antropológico y psicológico. Informan los científicos (Nettle y Romaine) que los ecosistemas de los grupos culturales a los cuales pertenecen las lenguas en peligro poseen el conocimiento de la botánica circundante para la cura de la mayor parte de las enfermedades del mundo, y los que conocen las plantas son precisamente los hablantes de esas lenguas.

Ante este cuadro se dificulta pensar en que el bilingüismo para este siglo no sea sino un mito. Si examinamos más de cerca las causas de la muerte lingüística nos encontramos con una infinidad de situaciones que desembocan en ella. En su libro sobre el tema, Hagege (2002) exige que se haga una distinción entre lo que llama los senderos de la extinción y la multiplicidad de causas. En cuanto a los primeros indica que existen tres perfiles de la desaparición (p.77). El primero es el de la transformación, en el que la lengua se va modificando tras un proceso largo de cambio al final del cual se considera la lengua como una nueva. Tal es el caso del latín. El segundo es el de la sustitución. Sobre este perfil explica que ocurre cuando llega otra lengua del exterior y sustituye a la existente. Añade que se trata de “un proceso de fusión creciente, al termino del cual ni las estructuras, ni las palabras de la lengua de origen se mantienen en el uso general...” (p.77). Aunque no ofrece ejemplos, no se dificulta pensar en el caso de la muerte del lenguaje galés escocés como resultado de la invasión del inglés y reportado por Dorian en su libro titulado *Language Death* (1981).

El tercer perfil es el de la extinción, término que Hagege considera ser más bien metafórico (p.78), ya que se refiere a la muerte de los últimos hablantes que abandonan el mundo sin dejar descendientes. Estos hablantes pueden encontrarse *in situ*, en el espacio de origen de la comunidad de habla, como es el caso de los aborígenes de Tasmania, quienes fueron eliminados en grandes números por los europeos que colonizaron sus tierras y con la muerte del último hablante su lengua dejó de existir (Nettle y Romaine, 2000). Como también puede suceder en el lugar hacia donde emigraron los hablantes como miembros de una comunidad desplazada en diáspora, como lo demuestran las comunidades de origen noruego en los EE.UU.

Relacionado con la extinción aparecen varias circunstancias que se pueden identificar como indicios que pronostican la muerte lingüística. La falta de transmisión normal de una lengua de padres a hijos, por las razones que sean, augura un destino sombrío para la misma. Esta situación se puede observar en comunidades en donde la presión por aprender otra u otras lenguas de la comunidad



lleva a los adultos a optar por no completar el traspaso cultural a sus hijos, ya sea porque la otra lengua ejerce una presión que parte del estatuto social que posee o de su caracterización como lengua del mundo. Hagege (p.81) le llama al fenómeno el bilingüismo de desigualdad, resultado del contacto entre lenguas a niveles dispares. Las lenguas indígenas de América, las de los pequeños grupos culturales del África y la Nueva Guinea y el español de los EE.UU. son ejemplos por excelencia del bilingüismo de desigualdad.

Si bien es cierto que los senderos que conducen a la desaparición de una lengua son presagios manifiestos de un destino adverso, nos vemos en la obligación de detenernos para examinar con lujo de detalle lo que en esos senderos se puede identificar como las causas inmediatas del fenómeno. Esto permite desarrollar las destrezas necesarias para discernir entre la madeja de datos y el tumor maligno, y así extirparlo con corte de bisturí, sin damnificar su entorno.

Hagege (p. 103) clasifica las causas de la muerte lingüística nuevamente en tres grupos: primeramente, las causas físicas, luego las económicas y sociales y finalmente las políticas. Entre las físicas están las que mencionáramos anteriormente bajo la rúbrica de muerte devastadora como las catástrofes naturales, los genocidios, epidemias y migraciones que se traducen en la desaparición de todos los hablantes de las lenguas. No podemos detenernos aquí a dar ejemplos de cada una, ya que los que provenimos de América somos testigos fehacientes de la exterminación, aun hoy día, pero es aconsejable mantener la memoria viva por el bien de la humanidad. Es por eso que deseamos volver a visitar el caso de los aborígenes de Australia y específicamente los de la isla de Tasmania, localizada al sureste de Australia, no solamente por lo dramático de la tragedia, sino porque nos demuestra que el problema es universal y que tiene la semilla aún viva para repetirse. Además, aunque la isla se encuentra al otro extremo de nuestro entorno geográfico, el caso responde a unas teorías de corte ecológico, tan importantes para nuestro mundo actual, y la documentación que ha surgido relativa al evento desastroso coloca a los perpetradores bajo la influencia de líderes políticos y religiosos, quienes a través de la construcción de un discurso hegemónico, al estilo de Gramsci, incitaron a la creación de las ideologías pertinentes que llevaron al pueblo colonizador al genocidio.

Daniel Nettle, antropólogo y Suzanne Romaine, sociolingüista, examinan la muerte del idioma tasmanio dentro de un marco teórico caracterizado por la transición ecológica (2000, p.121), resultado de la ocupación británica tras la llegada del Capitán Cook a Australia en el 1788. La Australia aborígen no poseía

animales domesticados, pero entre el periodo que comprende el 1805 al 1860, el ganado ovejuno se multiplicó de unos 20,000 a 20 millones, número que alcanza los 161 millones hoy día, 200 años después de la colonización. Debido a la naturaleza nómada de los aborígenes, los europeos decidieron tomar las tierras que se encontraban despobladas en esos momentos y, al regresar a ellas, los aborígenes encontraban sus mejores áreas apropiadas por los colonos para la cosecha de plántíos y para el pastoreo del ganado vacuno.

El conflicto y las llamadas 'guerras negras' entre las dos poblaciones se extendieron por 150 años. Al estar en desventaja por razones numéricas y tecnológicas, los aborígenes, considerados una pestilencia por los europeos, fueron empujados hacia la periferia de lo que eventualmente se convertiría en el centro de la metrópolis. No hubo tratados con ellos ya que no se consideraba que existieran derechos aborígenes, debido a que Australia había sido declarada tierra sin reclamar y, por lo tanto, estaba abierta a la apropiación indiscriminada (Nettle y Romaine, 2000, p. 121). En un escrito documentado del Reverendo John West, durante su estancia en Tasmania, se recogieron las siguientes palabras referentes a los aborígenes tasmanios: "...su apariencia es ofensiva, su proximidad obstructiva, su presencia lo torna todo inseguro. Por lo tanto, los mosquetes de los soldados y los de los bandidos son igualmente beneficiosos ya que limpian el terreno del incubo detestable" (traducción libre de la autora)

Al examinar la entrada pertinente a la población aborigen de Tasmania en la Nueva Enciclopedia Británica (1978, p. 1072), nos topamos con la siguiente información: "personas negroides, de interés antropológico, poseedores del índice nasal más ancho jamás documentado y de cabezas más cortas y amplias que el resto de la población aborigen". Tal parece que para los ingleses la mentalidad de la época de las guerras negras no ha desaparecido.

Las fuentes estudiadas por Nettle y Romaine indican que los europeos cazaban a los aborígenes como animales y les disparaban para matarlos, o los detenían y llevaban a los campamentos de prisión. La última sobreviviente de ellos, una mujer llamada Trucanini, víctima de violación por convictos blancos y luego utilizada como prenda para atraer a la luz pública a miembros de su comunidad, murió en 1876, y así "el tasmanio, la única rama del árbol de las lenguas del mundo, fue destruido junto a su pueblo" (2000, p.121).

Los habitantes del resto de Australia corrieron un destino similar: fueron cazados y asesinados, envenenados, encarcelados y desposeídos de sus tierras. Los

Europeos, a través del discurso manifiesto de los religiosos, lograron convencer al pueblo exterminador la legitimidad divina de sus acciones. El ministro presbiteriano J.D. Lang, en un sermón pronunciado en 1856, afirmó lo siguiente:

Dios, al crear la tierra, nunca tuvo la intención que fuera ocupada por hombres tan incapaces de apreciar sus recursos como los aborígenes de Australia. El hombre blanco solo, verdaderamente, ha llevado a cabo las intenciones del Creador al venir y establecerse en el territorio de los habitantes nativos. (Nettle y Romaine, 2000, p.122)

Irónicamente, este sermón iba dirigido a la organización que llevaba el nombre de los Amigos de Bahía Morton de los Aborígenes. ¡Vaya amigos!

En su intento por adueñarse del territorio, los europeos tuvieron la suerte de contar con ayuda biológica ya que eran portadores de enfermedades contagiosas como la viruela que diezmaron la población de tres cuartos del millón a escasamente 60,000. Como esto no era suficiente, entre el 1910 y el 1970 fueron esterilizadas las mujeres con el propósito de detenerle la marcha a lo que denominaban “la raza más ruin”, y una tercera parte de los niños aborígenes, alrededor de 100,000, fueron separados de sus padres por la fuerza, “en un intento orquestado para destruir sus sociedades” (Nettle y Romaine, p.123). De las 260 lenguas de la Australia precolonial han muerto 100 y otras 100 están en vías de extinción. Solamente 20 son transmitidas a los niños. Un vistazo rápido a la trayectoria de los pueblos indígenas de los EE.UU. y del resto de América nos muestra una historia similar. Como veremos más adelante, en el Caribe sencillamente no quedó nada.

En lo concerniente a las causas económicas, Hagege señala como cómplice a la presión de una economía más poderosa (p.106), e ilustra el punto con la situación que encontramos en los EE.UU. en sus comienzos como nación soberana, donde la máquina económica y las estructuras políticas utilizaron el inglés como único vehículo de expresión, lo que eventualmente llevó a la declinación de las lenguas amerindias. Con una población anglófona mayoritaria, se afianzó la lengua en las estructuras políticas y sociales lo cual hizo que “la conservación de una aptitud bilingüe se [hiciera] cada vez menos justificable” (p.107). Si entendemos estas circunstancias en el ámbito mundial, se puede ver claramente el efecto de la globalización corporativa y el imperialismo lingüístico y cultural que lo acompaña como fuerzas homogenizadoras y niveladoras ante la diversidad que caracteriza la humanidad.

Las causas políticas de la extinción de las lenguas son quizás las más fáciles de comprender, no porque estén justificadas por naturaleza propia, sino porque las podemos reconocer en nuestro propio “gallinero”, como diríamos en los campos de Puerto Rico. Nos referimos a la aniquilación de las lenguas existentes en un territorio dado como consecuencia del plan de un grupo de poder para la construcción de un Estado político, junto con el intento del mismo de construir artificialmente una identidad nacional a través de la utilización del lenguaje como artefacto (Mar-Molinero, 2000). Esto responde a que los poderes políticos, en su deseo de centralización y a la misma vez extensión de dominio hacia otras regiones aledañas, no les es eficaz mantener grupos étnicos diferentes desparramados a través de su territorio. Para el Estado poder sobrevivir en su intento de metrópolis plenipotenciaria, se han señalado los siguientes como objetivos periféricos: “la destrucción del hábitat, la deforestación, el desplazamiento de poblaciones y la asimilación forzada” (Hagege, 2002, p. 113). La historia de los movimientos colonizadores por parte de España e Inglaterra en las Américas y la de los EE.UU. en sus territorios son ejemplos auténticos del poder destructivo que puede ejercer el Estado político, ya que los mencionados anteriormente erigieron su dominio sobre “las bases de la unidad nacional [construida] sobre la unidad lingüística” (p. 113).

Mar-Molinero (2000) afirma que en el caso de la España colonizadora la construcción de la nación fue un “proyecto planificado y conciente a nivel estatal en el cual el lenguaje jugó un papel prominente” (p. 113). De esta forma el Estado dirigió la población en su visión de los valores y los símbolos nacionales además de que controló quién podía participar y tener acceso a la comunidad nacional imaginada (Anderson, 1983). Tal visión es la que también podemos apreciar en los movimientos actuales de globalización que pretenden homogenizar la cultura con el uso de concepciones unilaterales de valores económicos, como las corporaciones multinacionales, y así destruir la diversidad lingüística al utilizar el idioma inglés como *lingua franca* y lengua predominante.

Señala Hagege que el “imperialismo del inglés ocupa, hoy en día, un lugar de privilegio entre los factores de la muerte de las lenguas” (p. 116). Es la lengua de la sociedad más industrializada, más poderosa económica, política y militarmente y, a la vez, la más admirada por un lado y despreciada por otro, debido a sus posturas nacionales e internacionales. La lengua está además asociada con la globalización corporativa desmedida y el imperialismo lingüístico (Phillipson, 1992). Estima Crystal (2000) que para 1997 había 700 millones de usuarios con fluidez del inglés y unos 1,800 millones de usuarios con competencia en el mismo. Cree

Dalby (2003, p. 183) que este idioma dobla en número de habitantes a cualquier otra lengua.

Como resultado de este imperialismo lingüístico, lo que se promueve es el monolingüismo en beneficio del inglés, como algo necesario para el progreso y, por otro lado, se asocia el bilingüismo o el plurilingüismo con el retraso económico, social y político. Los individuos plurilingües son despreciados ya que se ve esa competencia lingüística como una cualidad negativa. Esta postura es persistente y con las nuevas posiciones políticas en el mundo internacional de las administraciones estadounidense y británica se intensifica el movimiento más favorable hacia el inglés y el monolingüismo.

Con el cuadro que hemos presentado hasta el momento, no queda otro remedio sino creer, sin duda alguna, que el bilingüismo para el siglo XXI es verdaderamente un mito. Sin embargo, solicitamos su indulgencia y se nos permita señalar que aún queda un lugar para este fenómeno lingüístico si nos detenemos a examinar los ejemplos que nos muestran que la retención es todavía factible dentro de este cuadro mórbido de extinción y que la hegemonía de los estados poderosos todavía se puede combatir. Las respuestas están irónicamente en las luchas ejecutadas por unos pueblos considerados impotentes ante la realidad circundante, es decir, los pueblos enajenados y privados de sus derechos, los esclavizados y los colonizados.

## LA REALIDAD DEL BILINGÜISMO

Si volvemos la mirada hacia el Caribe, nos encontramos con una región que ha sobrevivido prácticamente todas las causas de la muerte lingüística. Es una región que ha sido víctima de los intentos de genocidio, migraciones, presiones de economías más poderosas y, finalmente, de persecución de sus lenguas con la intención de extinguirlas sin necesariamente exterminar a sus hablantes. Este último intento Hagege (2002) lo denomina “el lingüicida de Estado”, es decir, el intento de eliminación concertada de una o varias lenguas con medidas políticas explícitas.

Para esta sección de nuestro escrito nos concentraremos en unas situaciones del Caribe que históricamente llenaron en un momento dado y todavía llenan todas las condiciones para la extinción de la lengua como parte del proceso de cambio lingüístico o *language shift*.

El primer caso positivo que queremos resaltar en su intento exitoso de revertir la muerte lingüística es el de los nacimientos de las lenguas criollas. El genocidio de los grupos indígenas de las islas del Caribe es bien conocido en los textos de historia y antropología. Se extinguieron totalmente junto con sus lenguas en poco tiempo, en algunos casos, tras los primeros cincuenta años de colonización española. Otras grandes naciones europeas como Inglaterra, Francia, Holanda y Dinamarca también participaron en la gesta colonizadora y en el mercado de esclavos negros del África para sustituir a los trabajadores indígenas desaparecidos. En respuesta a la migración forzada de estos pueblos a nuevas tierras, sus integrantes convirtieron sus culturas y sus lenguas en zonas de resistencia frente a los poderes hegemónicos de los colonizadores. Los pueblos africanos procedían de diferentes tierras y hablaban una gran variedad de lenguas. Por esa razón, se dificultaba la comunicación entre ellos, lo cual era visto positivamente por los colonos pues así lograban mantener control. Aun así trataron de imponer su lengua y extinguir la de los esclavos. Los últimos se afianzaron en la zona de resistencia y en pie de guerra y, con el control en sus manos, se enfrentaron al lingüicida. En son de resistencia construyeron sus propias lenguas llamadas pidgins o criollas, las cuales utilizaron para comunicarse con el amo, de manera que en lugar de entregar su identidad en el altar del Estado colonizador, la recrearon bajo sus propias condiciones.

De acuerdo con Roberts (1988), los hablantes nativos de las lenguas europeas que arribaron al Caribe creían, y todavía creen, que el inglés criollo de las Indias Occidentales era simplemente el producto de no poder llegar a pronunciar completamente bien el lenguaje como resultado de la pereza de no haber tenido buenos modelos y de la falta de motivación para mejorarse. En realidad, estas palabras son el compendio de una visión negativa no de la lengua, sino de sus hablantes. Por otro lado, añade Roberts (p.106) que los primeros lingüistas, producto de una tradición que consideraba que las lenguas y culturas europeas eran superiores a las demás, veían el inglés criollo como el resultado de la simplificación de las lenguas europeas transportadas a través del Atlántico. En pocas palabras, se le consideraba a este código una lengua simple.

Hoy día, son varias las teorías que tratan de explicar el surgimiento de las lenguas criollas del Caribe. Su construcción se basó en la utilización de vocabulario de las lenguas europeas con las cuales tenían contacto. Por esa razón, se les conoce a estas lenguas europeas como *relexificadoras*. En la mayor parte de los estudios criollísticos, existen grandes debates entre los teóricos más reconocidos de las lenguas criollas sobre la lengua africana original y las áreas de la

lengua original de los esclavos que fue afectada por la terrible calamidad de la esclavitud. Según los estudiosos del tema, aunque el léxico es occidental en origen, se observan en todas las lenguas criollas rasgos gramaticales similares, aunque no hayan estado en contacto sus hablantes.

Ante este hecho existen dos interpretaciones para su origen. Una ve en los rasgos comunes un sustrato africano o “un conjunto de características pertenecientes a las lenguas de origen...” La otra trata de explicar el mismo fenómeno utilizando la gramática universal que todos compartimos y que permite la construcción de unas categorías estructurales. Los seguidores de la primera teoría se conocen como *sustratistas* y los de la segunda *bioprogramistas*.

Irrespectivamente cual sea la teoría de mayor poder explicativo para su origen, los criollos representan una postura de resistencia a la amenaza de muerte, ante lo que Hagege (p.279) llama una situación que “ninguna sociedad humana, desde el Homo Sapiens, jamás ha tolerado: la privación de la lengua”. Las lenguas criollas no son el producto de la resurrección de las lenguas africanas ancestrales de los esclavos ya que éstas no han muerto en el continente. Explica Hagege:

Pero hay que incluir a los criollos en el informe de la lucha de los hombres contra la muerte de las lenguas pues constituyen la solución que unas comunidades han encontrado para mantener en su seno, a pesar de las circunstancias violentas y hostiles, esta actividad vital para toda sociedad; el intercambio verbal. (p. 279)

El inglés no fue la única lengua europea en dejar sus huellas en el Caribe. Igualmente lo hicieron el francés con sus lenguas criollas de Santa Lucía, Guadalupe, Martinica, Dominica y Haití, entre otras, y el holandés en las islas de Aruba, Bonaire y Curaçao. Pero esta discusión nos llevaría en otra dirección. Basta con tomar conciencia de su existencia para nuestros propósitos de subrayar la importancia de las lenguas criollas como idiomas de resistencia y promotoras del bilingüismo.

El segundo ejemplo esperanzador del Caribe, que esperamos concuerden ustedes con nosotros, es el que representa la lucha de resistencia por salvaguardar su lengua y su cultura de un pueblo colonizado por uno de los grandes poderes políticos del presente. Nos referimos a la isla de Puerto Rico. No son muchos los que han reconocido el triunfo que hemos logrado hasta el presente tras 105 años de ser posesión de los EE.UU. Pero si ustedes se detienen por unos

momentos y piensan en el poderío del que estamos hablando, comprenderán la magnitud de lo alcanzado.

La isla de Borinquen o Boriquén, como la llamaban los indígenas taínos, fue uno de los primeros lugares ocupados por los españoles en el 1493, año en que llega Colón a sus playas por primera vez durante su segundo viaje. Como se mencionara anteriormente, tanto en Puerto Rico como en las otras islas caribeñas se exterminó a la población indígena en muy poco tiempo. En el caso de Puerto Rico, esto conllevó el uso del español como única lengua por cientos de años. En las postrimerías del siglo XIX, específicamente en 1898, Puerto Rico pasó a ser colonia de los EE.UU. tras poco más de 405 años de ser colonia de España. Fue el resultado de la Guerra Hispanoamericana en la cual España perdió sus posesiones ultramarinas y, entre ellas, Puerto Rico fue botín de guerra. Durante los siguientes 50 años el gobierno de los nuevos poderes políticos emprendió una campaña de americanización para imponer el inglés y la cultura estadounidense en todos los ámbitos de la vida del país. Fue el sistema educativo el obstáculo de mayor impacto por su importancia en la formación de jóvenes y por ser el más accesible al cambio ya que todos los comisionados de educación eran nombrados por el presidente de los EE.UU. (Torres, 2002; Schmid, 2001; Mar-Molinero, 2000; Morris, 1996; Pousada, 1996; Vélez y Schweers, 1993).

Fue en este último sistema donde se dieron las grandes luchas lingüísticas por el poder. Morris (1996) explica:

“...las demandas políticas principales de Puerto Rico eran por el auto-gobierno y por un retorno al español como el vehículo de enseñanza. Estas dos controversias se entrelazaron de muchas maneras, con el sistema educativo convirtiéndose en el escenario simbólico donde luchas mayores se desenlazarían”. (p.18)

Los administradores coloniales expresaban sus ideas sobre el español que hablaban los puertorriqueños en términos de un *patois* inferior y, por esa razón, imponían el inglés como el medio de instrucción. Algunos comisionados reconocían el valor del español, mientras que otros pensaban que el inglés debería ser solamente una asignatura especial (Negrón-Muntaner, 1997, p.257), pero éstos constituyeron sólo un puñado. Por años se llevó a cabo una lucha sin cuartel entre el español o el inglés como personaje principal. Los EE.UU. enviaron contingentes de maestros anglohablantes para tratar de crear los cambios lingüísticos y culturales deseados en el nuevo territorio colonizado, y la nación colonizadora no podía comprender que el español fuera, como aun es, el símbolo *sine qua non* de la identidad puertorriqueña. Como dice Trías Monge (1996),

antiguo juez presidente del Tribunal Supremo de Puerto Rico y estudioso del tema: “los puertorriqueños de todas las creencias son en principio nacionalistas culturales” (p.183).

Al día de hoy el español es el vehículo de enseñanza del sistema público de educación de Puerto Rico. En el año 1952, luego de la firma de la Constitución del Estado Libre Asociado de Puerto Rico por los gobiernos de los EE.UU. y de Puerto Rico, comenzamos una nueva forma de vida política bajo la cual elegíamos a nuestros propios gobernantes y legisladores e izábamos la bandera de Puerto Rico, claro está, junto a la estadounidense. Si nuestra forma particular de hablar hubiera muerto, el español no moriría porque es una lengua de importancia mundial, hablada por millones de personas. Empero la lucha realizada en esta pequeña isla sirve de modelo para otras naciones como la nuestra que luchan por conservar el distintivo de su identidad.

Una gran mayoría de los puertorriqueños reconoce la importancia del bilingüismo a través del aprendizaje del inglés, pero no a costa del español. Sin disparar muchos tiros, y con lo que llamamos en Puerto Rico una pelea “monga”, se logró mantener nuestra forma de vida y nuestra forma de habla. Tras más de 100 años de soledad, bajo la soberanía de un estado de habla mayormente anglófono, nos hemos convertido en un dilema para la nación estadounidense (Geigel, 1991) porque continuamos siendo una nación dentro de la nación-estado mayor y porque hemos logrado detener la máquina incontenible del idioma inglés en el mundo contemporáneo.

Los menos, los ciudadanos de segunda categoría, los colonizados, los que no tiene derecho al voto en las elecciones presidenciales, ni en las cámaras legislativas estadounidenses, los atados a las decisiones del Congreso federal, no tendrán voto pero retienen una voz de mucha fuerza, la de su lengua materna que han decidido no entregar ya sea que venga la independencia, manténganse el estadolibrismo, o se opte por la estadidad. La decisión concerniente a nuestra lengua quedará siempre en nuestras manos, porque ya lo hemos podido constatar.

## CONCLUSIÓN

Hemos hecho un corto recorrido discutiendo un problema que lleva miles de años ocurriendo, y el cual todavía no logramos detener enteramente. Lo que ya se perdió, perdido está. Lo que aun conservamos, ahí es donde impera la necesidad de tomar pronta acción. Quisiéramos darle punto final a nuestra interven-

ción haciendo unos comentarios relativos a dos asuntos: por un lado, las razones concisas que se argumentan a favor del cese a la muerte lingüística y por otro, las opiniones bien informadas sobre la importancia del plurilingüismo. Aunque están íntimamente relacionadas, esgrimen formas de pensar muy particulares. Dalby (2003) recoge en su libro sobre el lenguaje en peligro unos argumentos que consideramos son muy efectivos en redondear la discusión del tema de la muerte de las lenguas. Él le llama en inglés a estos argumentos ‘overriding’ (p.283), que significa “vencedores, por encima de toda otra información” porque nos atañen a todos como individuos, adultos y niños, y como miembros de una comunidad. En primer lugar dice que necesitamos de estas lenguas el conocimiento que conservan y transmiten. Unos dirán que esto no vale el esfuerzo. Dalby argumenta que aunque unos digan que el conocimiento se puede transmitir de una cultura a otra, la historia nos enseña que esa no es la realidad. Cuando los hablantes cambian de lengua y de cultura, pasan a otra que en muchas ocasiones “no valora los recursos que le rodean, mientras que la información, educación, la comida, la bebida y las medicinas provienen de algún lugar distante” (p.283) y las mismas se obtienen a cambio de dinero. Lo interesante es que los científicos prefieren la información etnobotánica de los pueblos que han vivido por muchas generaciones en una misma región. Es por esta razón y no por otra que lo ocurrido en Tasmania es una tragedia para la humanidad.

El segundo argumento de Dalby estriba en la necesidad que tenemos de acceder a las visiones especiales o ‘insights’ de estos grupos étnicos sobre la vida. Nos urge tener esas “visiones alternas del mundo” porque las que tenemos hasta ahora no han logrado resolver los problemas de vida que persiguen a la humanidad. Aunque Benjamín Whorf concebía la relatividad lingüística de forma extrema, sus escritos contenían palabras inspiradoras:

Aquellos que ven el mundo futuro hablando solamente una lengua, ya sea inglés, alemán, o ruso, o cualquier otro, poseen una visión mal fundada y le harían a la evolución de la mente humana un gran perjuicio. (citado en Dalby, 2003, p.284)

Verdaderamente la pérdida de una lengua es irreparable para tratar de buscarle sentido a la experiencia humana.

Dalby finaliza su discusión con el argumento que más allá de la transmisión del conocimiento, de las visiones incisivas del mundo, como pueblo necesitamos una “multiplicidad de lenguas porque es a través de la interacción con otras lenguas que nuestras lenguas se mantienen flexibles y creadoras” (p.285). Aun-

que la Academia tarde en reconocer este principio, el español de América le ha extendido los horizontes al español peninsular de la misma forma que las variedades del inglés lo han hecho desde Australia, Nueva Zelanda, los Estados Unidos, las islas anglófonas del Caribe, la India, el África del Sur y el Canadá.

Nos atrevemos a añadir un cuarto argumento nuestro pues sentimos que se acerca más a lo trascendental. Necesitamos la diversidad lingüística y las visiones alternas de vida que la acompañan porque a través del contacto con las otras lenguas es que creamos conciencia de la universalidad de nuestra naturaleza humana. Dentro de la variación en la construcción del mundo que nos circunda y que se manifiesta en la lengua, en el fondo, somos muy similares. Tenemos las mismas penas, lloramos de igual forma por las adversidades y la alegría de un nuevo amanecer nos llena a todos de esperanza. ¡Qué maravillosa la emoción de sentirse tanto único en el mundo por nuestras diferencias particulares como también igual a la humanidad que nos rodea y que comparte las mismas emociones y los mismos sentimientos.

En cuanto al plurilingüismo, estamos de acuerdo con la postura de Nettle y Romaine (2000) quienes entienden que la solución de los problemas del mundo no estriban en lograr que todos hablemos una misma lengua o que se nos impongan identidades oficiales o que se silencien las voces de la disensión. Podemos modernizarnos sin entregar nuestra lengua y nuestra cultura e identidad. Además, todos somos poseedores de múltiples identidades (mujer, caribeña, profesora, madre, etc.). Podemos hablar en otras lenguas y así expresar nuestras muchas identidades. Usamos las lenguas “locales para expresar nuestras identidades locales y las lenguas globales para comunicarnos... con los otros ciudadanos del mundo” (p.197). Añaden los autores:

“Se ha dicho que el bilingüismo no se le puede forzar a la gente por las malas. Tampoco debe ocurrir con el monolingüismo, ya sea por mandato absoluto o por negligencia benigna. Como nos demuestran los eventos de los años pasados y los del presente en varias partes del mundo, nuestra aldea global tiene que ser pluricultural y plurilingüe, de lo contrario no existirá del todo”. (p.204)

No quisiéramos terminar sin antes hacerles un reconocimiento público tanto al gobierno colombiano como a los estudiosos del lenguaje por su compromiso con la diversidad lingüística del país. No siempre ha sido así. Seleccionamos el caso de Tasmania para la primera parte de nuestro escrito porque es ejemplo vivo de lo que puede suceder en lugares como la Nueva Guinea donde en el

presente las cientos de lenguas habladas le están dando paso al Tok Pisin, lengua criolla nacida como resultado del contacto con el inglés.

Al dar una mirada atrás, hacia lo que hemos expuesto y argumentado, quisiéramos pensar que los que nos escuchan, entienden y comparten nuestra postura de apoyo incondicional a la sinfonía de voces que nos ofrece la vida, se hagan partícipes de ella. La diversidad de formas de vida y de habla es la energía revitalizadora del bilingüismo. No la abandonemos.

#### REFERENCIAS

- ANDERSON, B. (1992). 2da. Ed. **Imagined communities: Reflections on the origins and spread of nationalism**. NY:Verso.
- CRYSTALI, D. (2000). **Language death**. Cambridge: CUP.
- DALBY, A. (2003). **Language in danger**, NY: Columbia Univ. Press.
- GEIGEL, W. (1991). **¿Es Puerto Rico una nación? El dilema de los Estados Unidos**. San Juan, Puerto Rico: Publicaciones puertorriqueñas.
- HAGEGE, C. (2000, 2002). **No a la muerte de las lenguas**. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- KRAUSS, M. (1992). "The world's languages in crisis". **Language** 68,1, 4-10. **La Nueva Enciclopedia Británica**. (1978). Macropaedia. Ed. #17. Vol 17.
- MAFFI, L. (Ed.). **On biological diversity: Linking language, knowledge and the environment**. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.
- MAR-MOLINERO, C. (2000). **The politics of language in the Spanish speaking world**. NY:Routledge.
- MORRIS, N. (1996). «Language and identity in twentieth century Puerto Rico». En **Journal of multilingual and multicultural development**. 17,1,17-32.
- NEGRÓN-MUNTANER, F. (1997). "English only *jamás* but Spanish only *cuidado*: Language and nationalism in contemporary Puerto Rico". En **Puerto Rican Jam: Rethinking colonialism and nationalism**, ed. Frances Negrón-Muntaner y Ramón Grosfoguel. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- NETTLE, D. & ROMAINE, S. (2000). **Vanishing voices**. Oxford; Oxford University Press.
- PHILLIPSON, R. (1992). **Linguistic imperialism**. Oxford; Oxford University Press.
- POSEY, D. (2001). **Biological and cultural diversity**. En Maffi, L. Ed. 379-396.
- POUSADA, A. (1996). «Puerto Rico: On the horns of a Language Planning dilemma». **TESOL Quarterly**. 30,3,499-510.
- ROBERTS, P. (1988). **West Indians and their language**. Cambridge: CUP.
- SCHMID, C. (2001). **The politics of exclusion**. Oxford: Oxford University Press. **The Daily News**. (febrero, 2001). UNESCO reports. St. Thomas, Islas Vírgenes.

TORRES, R. (2002). **Bilingüismo y política en Puerto Rico**. Río Piedras, PR.: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

TRÍAS MONGE, J. (1997). **Puerto Rico: The trials of the oldest colony in the world**. New Haven: Yale University Press.

UNESCO. (1993). **Amendment to the draft programme and budget for 1994-1995 (27c/5)**, Item 5 of the provisional agenda (27 c/DR.21). Paris; UNESCO.

VÉLEZ, J.A. & SCHEWEERS, C.W. (1993). "A U.S. colony at a linguistic crossroads: The decision to make Spanish the official language of PR". **Language problems and language planning**. 17, 117-139.